

## Y DE POSTRE, MANZANAS

En la mayoría de las cuatro mil páginas que componen el informe del tribunal militar de Burgos, un nombre figura con frecuencia: José María Eskubi, 28, médico, miembro influyente del Comité Central de ETA, asilado en Bruselas. A la Policía española se le ha ordenado disparar contra él sin aviso previo, su cabeza tiene precio: se lo acusa, simplemente, de haber dirigido la asamblea que decidió la ejecución del comisario Manzanás (julio de 1968).

Huyó de España en 1969; de Francia lo expulsaron a los tres meses; en Bruselas vive con su mujer e hija alejado de la orientación actual de la ETA. Allí, lo encontró un periodista, a quien le concedió esta entrevista exclusiva:

—Al principio, ¿cómo era la ETA?

—En 1957, la base militar era muy débil. En todo el país vasco contábamos con 60 militantes, de los cuales sólo 12 eran decididos. En esa fecha convocamos a una manifestación; estuvimos un poco sectarios: excluimos al Partido Nacionalista Vasco y al Partido Comunista español, al que acusábamos de social-imperialista. Citamos a la gente para el primer domingo de octubre; hicimos algunas acciones de propaganda: destrozamos las placas de las tumbas fascistas, colocamos algunas bombas de plástico, asaltamos el Banco guipuzcoano de Villabona, que nos reportó 1.200.000 pesetas.

—¿Han cambiado mucho desde aquella época?

—Había que vernos; éramos guerrilleros desesperados, la pistola al cinto,



"El no estaba en el país."  
(Francisco Izco.)

la barba crecida, dormíamos en las montañas. Me acuerdo que una vez le di a un combatiente 125 pesetas para que viviera 20 días. ¡Qué barbaridad! Era puro ascetismo.

Sin embargo, para la manifestación que le decía vino mucha gente. Y eso nos alentó mucho.

—¿Qué hicieron?

—Debíamos demostrarle al pueblo que podíamos hacer todo lo que queríamos: asaltamos, por ejemplo, el mismo banco dos veces y a la misma hora. Hubo numerosos "robos de recuperación". Al mismo tiempo, la Policía aumentaba su aparato represivo: disparaba sin previo aviso. Una vez, nos capturaron a dos hombres y el diario *Correo* anunció que estábamos liquidados: le pusimos una bomba al diario.

—Todas esas acciones, ¿tenían resultados positivos?

—Bueno, en mayo de 1968, en Andorra, hicimos una reunión del Comité Central. Habíamos perdido 30 hombres, entre presos y exilados. No se podía continuar en esa vía desesperada. Pero antes de pasar a una acción de masas, política, coronamos el período de lucha con la ejecución del notorio fascista: el comisario Manzanás.

—¿Cómo lo decidieron?

—Antes debo decirle quién era Manzanás: dirigía la brigada policial social de Guipúzcoa. Durante la guerra había aprendido las técnicas de la Gestapo; había delatado a varios judíos de Irun. Pero sus funciones más importantes cayeron sobre nuestro movimiento; uno de nuestros camaradas murió en sus manos. Yo mismo, una vez que me atraparon, fui torturado por él. Tenía aspecto de loco pero era muy eficaz. Cada vez que yo hablaba, él me interrumpía: "Quiero la verdad", gritaba, al mismo tiempo que comenzaba a golpearme.

Después del asesinato de un compañero, decidimos actuar; no sabíamos si hacer una razzia de guardias civiles o, criterio que yo compartía, acabar con Manzanás. Se aprobó la última actitud; Manzanás moriría a la misma hora que un tal Junqueras, un siniestro inspector de Bilbao. A éste no se lo pudo localizar; estaba de vacaciones.

Pero en San Sebastián no hubo problemas; no le diré, no importa además, el nombre del brazo ejecutor. Lo que le puedo asegurar es que Izco —a quien se acusó en Burgos— no estaba en el país en ese momento; competía en el exterior en un match deportivo. De todas maneras, todos nosotros participamos en la ejecución de Manzanás, una alegría que compartió todo el país vasco. En los restaurantes, en las tascas, la gente pedía, de postre, "manzanas". ⊕